

Chesneaux, Jean, *Movimientos Campesinos en China. Siglo XXI*, Madrid, 1978.

1. LA HERENCIA DE LAS REVUELTAS CAMPESINAS DE LA ÉPOCA CLÁSICA

Todas las grandes sociedades preindustriales han conocido la fiebre de los «furores campesinos» y conservado con terror y admiración el recuerdo de los grandes rebeldes campesinos: Jack Cade, Wat Tyler y los lolardos, en Inglaterra; los Jacques del Beauvaisis y los croquants de Normandía, en Francia; Sten'ka Razin y Pugashev, en Rusia; Thomas Münzer y sus bandas de campesinos famélicos, en Alemania. Sin embargo, ningún país dispone a este respecto de una herencia tan rica y sobre todo tan continua como la de China.

Siglo tras siglo, toda la historia bimilenaria de la China imperial está jalonada de revueltas campesinas: las de los Turbantes Amarillos, los Cejas Rojas y los Caballos de Bronce, a comienzos de nuestra era; las de la dinastía Sung, en los siglos XII - XIII; las de mediados del siglo XVII, por no citar sino las principales. No sólo se trata de una serie cronológica excepcional por su densidad y amplitud, sino que además esta tradición permanece viva en el ánimo de los campesinos chinos de los siglos XIX y XX. Esta rica herencia no es un dato inerte de la «historia» en cuanto pasado muerto; es un elemento dinámico de una historia en movimiento: la de las oleadas de la revolución agraria que sacude a China desde mediados del siglo XIX, de la que este volumen pretende ofrecer un somero esbozo.

Sin embargo, estas rebeliones campesinas de la antigua China han sido ignoradas durante mucho tiempo por los historiadores occidentales, tributarios de una historiografía china tradicional, que, como decía Balazs, “trataba de los mandarines, estaba escrita por los mandarines y estaba destinada a los mandarines”. Para los mandarines, guardianes del orden político y defensores de la propiedad, los rebeldes campesinos eran simples bandidos, tsei, y este término chino es aún más despiadado que el término occidental equivalente. El bandido es aquel contra el que se ha pronunciado un “bando”, una sentencia que le aísla de los demás hombres. Es un forajido. El término chino le niega incluso el derecho de existir, el hecho mismo de existir: tsei es una partícula gramatical negativa de la lengua clásica. Mientras que cada hombre recibe un nombre (ming), que define su puesto en el orden social, el tsei es “el que no existe” para la buena sociedad. El historiador no tiene por qué conocerlo, puesto que se interesa por los hechos de los grandes y por la estructura social que éstos han creado. Esta ha sido durante mucho tiempo la tendencia de los historiadores occidentales que se ocuparon de China, cuya historia descubrieron a través de los analistas imperiales (traducidos por los jesuitas en el siglo XVII). Una de las obras más célebres y mejor documentadas consagradas por la sinología occidental a la historia china de los siglos XVII-XX se llama precisamente *Eminent Chinese of the Ch'ing period*.

La historiografía china tradicional, basada como estaba en la teoría política confuciana, sólo consentía en señalar la existencia de las revueltas campesinas en el caso de que consiguieran derrocar una dinastía y colocar otra en el poder. La sociedad china clásica se basaba en efecto en el respeto al orden establecido; cada cual debía aceptar su destino y contentarse con existir tan sólo como elemento constitutivo de un determinado sistema social. Así se aseguraba la adecuación del orden social al orden cósmico; el “mandato celeste” (t'ien-ming) garantizaba la armonía general del mundo. Pero podía suceder que esta armonía se viera perturbada y que el emperador, depositario del mandato, se revelara indigno de él. Esta «revocación del mandato» (ko-ming) venía anunciada por prodigios en el cielo, perturbaciones del clima, corrupción de la burocracia, degradación de los diques y canales y, sobre todo, aumento de la agitación en el campo: eran los «signos precursores de la caída de las dinastías». El descontento popular podía ser lo bastante fuerte para derrocar al emperador y a sus malos ministros. A menudo era el jefe de los rebeldes campesinos el que asumía el poder imperial, restableciendo así la legitimidad confuciana por medio de la insurrección popular. Esto quiere decir que el orden político tradicional tenía suficiente fuerza para

asimilar incluso a sus adversarios dentro de su propio sistema ideológico y asignarles un papel en el buen funcionamiento de la sociedad. Las revueltas campesinas, lejos de amenazar el orden establecido en sus principios mismos, eran finalmente aceptadas como funcionales, como capaces de restablecer el orden en momentos de confusión; servían de válvula de seguridad, ya que podían restituir al mundo los beneficios del mandato celeste.

El rigor de la condición campesina en la antigua China justificaba sobradamente la amplitud y la frecuencia de las revueltas campesinas. El campesino debía hacer frente simultáneamente al medio natural, al propietario de la tierra y al Estado.

Si el trabajo campesino era minucioso, increíblemente paciente y habilidoso, si había conseguido socializar profundamente el paisaje rural (debido en particular a las exigencias del cultivo del arroz: omnipresencia del agua que había que traer, preparación del suelo en parcelas perfectamente planas y, por consiguiente, en terrazas), no había vencido, sin embargo, las condiciones climáticas e hidrográficas. La agricultura china seguía siendo marginal, sobre todo por la desigualdad de las lluvias; las sequías, las inundaciones, los tifones, las epidemias, las plagas de langosta eran muy frecuentes y llevaban consigo pérdidas de cosechas y hambre.

Tradicionalmente los campesinos vivían en comunidades aldeanas que conservaban su vitalidad a comienzos del siglo xx; tenían sus letrados, su jurisdicción consuetudinaria, sus funciones fiscales, sus responsabilidades económicas (organización de los recursos hidráulicos), sus fiestas y sus templos. La búsqueda de estructuras comunitarias por parte de los campesinos se expresaba también en la vitalidad de los clanes, formados por los supuestos descendientes de un mismo antepasado, con derechos y obligaciones mutuos. Pero los elementos de la solidaridad campesina —aldea, clan, familia— se borraban ante los factores de diferenciación social dentro de la misma aldea, es decir, ante el antagonismo entre campesinos pobres y terratenientes. La tierra, aparentemente muy fragmentada, explotada efectivamente en minifundios, estaba, sin embargo, concentrada en manos de las familias ricas, que se llevaban la mayor parte del fruto del trabajo campesino. La renta de la tierra, ya fuera fija o proporcional, ya se percibiera en especie o en dinero, era superior a la mitad de la cosecha y a ella se añadía toda una serie de servicios y prestaciones consuetudinarios. Los campesinos estaban, pues, sometidos a la dependencia económica de los notables, los «dueños de la tierra» (ti-tzu, término chino que designa a los terratenientes); incluso cuando desde un punto de vista técnico eran propietarios de su parcela, tenían que acudir a los ti-tzu como superiores, como árbitros, como intermediarios officiosos ante el fisco y la administración, como usureros también. La sociedad rural china no estaba organizada en función de los grandes dominios señoriales, como los del Junker prusiano o el squire inglés. Pero la estructura profunda de la sociedad era la misma, y es justo calificarla de feudal, en el sentido amplio del término, aunque careciera de instituciones propias del feudalismo occidental (como la servidumbre).

Había, sin embargo, una diferencia fundamental entre este feudalismo chino y el feudalismo del Occidente medieval, diferencia que no residía en tal o cual modalidad de los lazos de dependencia impuestos a los campesinos, sino en el papel del Estado. El Estado, poco importante en el feudalismo occidental (que delegaba en el señor lo esencial de las funciones públicas), era por el contrario todopoderoso en China. Los campesinos estaban tan explotados por la maquinaria pública y burocrática como por la codicia de los ti-tzu. Esta estructura político-social, heredada de la sociedad «asiática», seguía siendo sólida en China, a pesar de la aparición de la propiedad privada de la tierra hacía mucho siglos. Joseph Needham tiene razón al calificar a esta sociedad de “feudalismo burocrático”.

El poder de la clase dirigente china, en efecto, se basaba tanto en el ejercicio de las funciones públicas como en el control de la tierra. Letrados y mandarines (la gentry)(# Nota:* El término inglés gentry es ahora de uso corriente, al igual que el término ruso intelligentsia;

es cómodo para designar a la clase de los terratenientes feudales chinos, cuyo poder es tanto político-cultural como económico.) gozaban del monopolio de la educación, tenían a su disposición la fuerza pública, recaudaban los impuestos (con buena parte de los cuales se quedaban), administraban justicia y controlaban la economía a través de los monopolios, como el de la sal, de la vigilancia y la imposición de los mercados, y de las obras públicas. Los campesinos, salvo en los períodos de grandes crisis dinásticas, estaban totalmente excluidos de la administración pública. El símbolo y el centro del poder estatal que gravitaba sobre el campesino era el yamen, la residencia del mandarín y de todos sus auxiliares: era a la vez un tribunal, una prisión, un cuartel, un arsenal, un tesoro público y un granero, al ser recaudado el impuesto la mayoría de las veces en especie. En los campos chinos el yamen (público) era el verdadero equivalente del castillo señorial (privado) inglés o francés, y esta comparación permite medir muy bien lo que separaba al feudalismo occidental del feudalismo chino. Era el yamen lo primero que los campesinos saqueaban e incendiaban cuando estallaba una rebelión.

Un factor coyuntural vino a agravar aún más esta triple dependencia del campesino con respecto a la naturaleza, el terrateniente y el yamen: fue la explosión demográfica, tan sensible en China desde finales del siglo xviii. En 1770 China tenía 230 millones de habitantes; en 1830, 394 millones. Sin duda, sólo se trata de estadísticas oficiales, pero indican por lo menos una tendencia general. Las tierras cultivadas estuvieron lejos de aumentar en la misma proporción. El número de campesinos desclasados, desarraigados y vagabundos era considerable. Eran los «bastones desnudos» (kuang-kun), demasiado pobres para fundar una familia y, por lo tanto, para tener retoños. Este sector inquieto y marginal de la población ocupaba un lugar insignificante en el proceso de producción económica: todo lo más desempeñaba el papel de reserva de mano de obra barata. Pero constituía una fuerza política potencial, cuyo poder era considerable en período de crisis y disturbios.

Si un año la cosecha era mala, si un propietario se mostraba especialmente rapaz o un mandarín particularmente autoritario, estallaba la revuelta. Pero las formas de la lucha agraria podían ser muy diversas. En ciertos casos la rebeldía era individual: la víctima se unía a los “bosques verdes” (lü-lin), es decir, a los bandidos de las colinas. Otras veces el descontento permanecía difuso; se limitaba a gestos de mala voluntad en el momento de pagar las tasas y los impuestos, y a incidentes sin trascendencia (manifestaciones y asambleas para protestar por una exacción individual). A veces, por el contrario, se producían explosiones más importantes; por ejemplo, en época de hambre o de crisis económica; los yamen, e incluso las tropas y las caravanas, eran atacados; los funcionarios y los terratenientes asesinados, así como sus agentes y auxiliares. Finalmente, en ciertos casos excepcionales, se suscitaba un poderoso mar de fondo, una verdadera «guerra campesina», que duraba varios años y afectaba a provincias enteras. Ejemplos de ello fueron las rebeliones de Fang La y Wang Hsiao-po, a finales de la dinastía Sung (siglos xii-xiii), o las revueltas campesinas de finales de los Ming, a mediados del siglo xvii.

Estos levantamientos campesinos de la antigua China eran fundamentalmente espontáneos; expresaban un profundo cansancio y una búsqueda confusa de mejores condiciones de vida. Pero es posible trazar su perfil histórico: ellos se caracterizaban por una ideología específica, unos marcos sociales determinados y una infraestructura original, la de las sociedades secretas.

Su ideología era esencialmente igualitaria. Un jefe campesino rebelde, a finales de la dinastía T'ang (siglo ix), se declaraba «gran general enviado por el Cielo para defender la igualdad». Los términos t'ai-p'ing (gran paz), p'ing-chün (igualdad), ta-tung (gran armonía) se repetían constantemente en sus lemas y en sus banderas, por poco que los cronistas oficiales se hayan dignado dárnoslas a conocer. Se hacían llamamientos a la lucha violenta contra los poderosos, los ricos, los explotadores: Kuan-pi minfan («Los mandarines oprimen,

¡que el pueblo se levante! »); Ta-f u ki-pin («Ataquemos a los ricos y ayudemos a los pobres»). Esta ideología de la revuelta campesina estaba al mismo tiempo impregnada de nostalgia y religiosidad. Volvía su mirada hacia un estado de justicia primitiva, al que era preciso retornar, al igual que los lolardos ingleses del siglo xiv o los campesinos renanos del siglo xvi añoraban los tiempos en que «Adán labraba y Eva hilaba». Se idealizaba el recuerdo de las antiguas dinastías (como la de los Ming, última dinastía nacional china, que era opuesta al yugo de los manchúes, que la derrocaron en el siglo xvii). La religiosidad se expresaba en la invocación del «Cielo» para restablecer la «justicia»; se trataba de una referencia a la moral confuciana, pero los rebeldes campesinos se inspiraban sobre todo en los cultos populares y disidentes, como el taoísmo y el budismo, mal vistos por las autoridades oficiales. Estaban influidos por la espera milenarista del Mesías búdico, el Maitreya (en chino, Mi-lo fu). En una determinada época recibieron influencias de las tradiciones maniqueas y exaltaron el principio de luz frente al de las tinieblas. Chu Yüan-chang, jefe de los campesinos rebelados contra la dinastía mongol de los Yüan, en el siglo xiv, pertenecía a la secta del Loto Blanco, de origen maniqueo. El nombre de la nueva dinastía que fundó, Ming (luz), formaba parte del vocabulario esotérico de los maniqueos.

La masa de los rebeldes campesinos procedía, como es natural, del mismo campesinado. Pero sus dirigentes provenían a menudo de otras capas sociales: artesanos arruinados (Fang La, dirigente de la gran rebelión de finales de los Sung, era un comerciante de laca arruinado); elementos marginales de la sociedad rural, con más movilidad que los propios campesinos al estar liberados de las servidumbres del calendario agrícola y de la jornada laboral, tales como porteadores, barqueros, buhoneros, culis; elementos desclasados de la intelligentsia (“lumpen-intelligentsia”, según la fórmula de Frederic Wakeman), tales como letrados que habían suspendido los exámenes, intelectuales inconformistas y disidentes, monjes taoístas o budistas, geománticos, boticarios ambulantes, etc., e incluso elementos descontentos de la clase dirigente, «ovejas negras» de familias respetables, ambiciosos y aventureros ávidos de intrigas o de prestigio.

Aunque el proceso de las revueltas campesinas era por naturaleza discontinuo, gozaba, sin embargo, del apoyo de una estructura continua: la de las sociedades secretas. Estas proporcionaban dirigentes en caso de explosión súbita, servían de refugio en caso de derrota y aseguraban el relevo en el intervalo entre dos períodos de crisis. Si las sociedades secretas no eran específicamente campesinas (tenían también muchos afiliados entre la plebe urbana y los artesanos modestos de la ciudad), contribuyeron poderosamente al éxito, al menos temporal, de las revueltas campesinas.

Estas sociedades secretas, casi innumerables, estaban habitualmente reagrupadas en dos grandes sistemas. El del Loto Blanco y sus filiales, en el norte, presentaba una dominante netamente religiosa. Con él estaban relacionadas la Sociedad del Puño por la Justicia y la Unión (Bóxers), la Sociedad de las Grandes Espadas, la Sociedad de los Ocho Trigramas, la Secta de los Vegetarianos, la Secta de la Observancia (Tsai-li hui), etc. El sistema de la Tríada, en el sur, era más político; con él estaban relacionadas la Sociedad del Cielo y de la Tierra (T'ien-ti hui), la Sociedad de los Tres Puntos (San-tien hui) y la Sociedad de las Tres Armonías (San-ho hui), que eran tal vez diferentes nombres de una misma organización. El lema de la Tríada, Fan Ch'ing fu Ming (“Derroquemos a los Ch'ing y restauremos a los Ming”), tenía sobre todo una resonancia nacionalista; atacaba a la dinastía manchú en cuanto invasor extranjero, pero implicaba también necesariamente la lucha contra las autoridades imperiales en cuanto tales Los Ming, que debían ser restaurados, eran una dinastía nacional, pero el legitimismo Ming tenía también una connotación nostálgica, dentro de la tradición campesina e incluso milenarista. Se invocaba el “arroz de los Ming”, hung-mi (Hung es el nombre del primer emperador Ming): era un arroz destinado a recompensar la fidelidad de los partidarios de la dinastía derrocada, pero al mismo tiempo era el arroz de la abundancia (hung

también significa «profusión»), el arroz que aliviaría la miseria del pueblo.

Las sociedades secretas estuvieron directamente involucradas en todas las revueltas campesinas de la historia de China. Ya en el siglo II de nuestra era la guerra campesina que derrocó a la dinastía Han estaba dirigida por la secta taoísta de los Turbantes Amarillos, cuyo libro canónico esotérico se llamaba el T'ai-p'ing ching (el «clásico de la gran paz»). Uno de los jefes del Loto Blanco, hecho prisionero por la policía imperial a comienzos del siglo xvi, confesaba: “En tiempos de paz predicamos que es posible escapar al peligro de las espadas y las armas, el agua y el hierro recitando oraciones (sutras). En tiempos de confusión y rebelión planeamos empresas más vastas.”

Pero las sociedades secretas podían también responder a las aspiraciones de los campesinos de muchas otras formas. Organizaban el contrabando de la sal, por ejemplo, atacando así a los monopolios económicos del Estado y permitiendo a los campesinos obtener un artículo de primera necesidad a precios más asequibles. Actuaban también como una especie de «linaje subsidiario», que acogía a los campesinos desclasados y privados de familia y de descendencia a causa de su miseria, los Kuang-kun; éstos evitaban así la soledad material y moral y reemplazaban la institución familiar por “hermandades” de su elección. Los miembros de las sociedades secretas se llamaban habitualmente «hermanos» unos a otros; una de las principales sociedades secretas del siglo XIX se llamaba Ko-lao hui (“Sociedad de los Hermanos Mayores”). Sobre todo las sociedades secretas actuaban como grupos elementales de ayuda mutua y de seguridad social en beneficio de sus miembros: distribución de donativos a las familias en caso de enfermedad, desastre o muerte; recepción de viajeros; protección de bienes y personas. Finalmente, las sociedades secretas acogían en sus filas a las mujeres, esa categoría especialmente oprimida de la sociedad rural china. A diferencia de los principios y usos confucianos, afirmaban la igualdad de hombres y mujeres y permitían a menudo el acceso de las mujeres a los grados más elevados de su jerarquía. El feminismo de las sociedades secretas se volverá a encontrar en muchos movimientos campesinos de la época moderna, como, por ejemplo, el de los T'ai-p'ing o el de los Bóxers.

El carácter religioso, ya evidente en las revueltas campesinas, marcaba profundamente a las sociedades secretas. Estas practicaban cultos esotéricos, recurrían a ritos de iniciación, a ordalías, a médiums, a amuletos de invulnerabilidad, y prometían a sus miembros la salvación espiritual después de la muerte.

Sin ser aún una verdadera forma específica de organización del movimiento campesino (puesto que también reclutaban a sus miembros entre otras capas de la sociedad, en el campo y sobre todo en la ciudad), las sociedades secretas atenuaban, pues, el carácter espontáneo de las revueltas campesinas. Servían, en cierto sentido, de catalizador del movimiento campesino y moderaban su carácter informe, discontinuo y efímero.

¿Es posible hablar ya de una «conciencia social» del movimiento campesino en la China de las grandes dinastías? Sin duda se trataba sólo de un sentimiento muy borroso, muy vago. Pero existen al menos indicios de tal sentimiento, signos de que los campesinos pobres de China tenían conciencia de su propia identidad colectiva y de su destino común. Es lo que expresa, por ejemplo, ese poema recitado, a modo de lema, por los fieles de la Tríada en la China meridional a comienzos del siglo XIX:

La gente de arriba nos debe dinero
, la clase media debe despertarse,
la gente de abajo venga a nosotros:
vale más que alquilar un buey para cultivar la tierra amarga.

Las baladas populares recitadas por cantantes itinerantes, las canciones, los cuentos folklóricos eran en efecto un elemento importante de esta conciencia campesina. Pero se

trataba de formas literarias puramente orales, que los letrados confucianos nunca se habrían dignado recoger. Sólo después de 1949, con el establecimiento de la República Popular de China, equipos de etnógrafos y folkloristas se dedicaron a recorrer los distritos rurales más recónditos para recopilar lo que podía quedar de esta literatura oral de descontento y lucha de los campesinos. Con lo recopilado se han podido llenar varios volúmenes.

De forma más general, el inventario y la exploración de esta verdadera terra incognita historiográfica, que representa el movimiento campesino chino en el curso de los siglos, es ciertamente uno de los logros más sólidos y originales de los historiadores de China Popular a partir de 1949. Sus investigaciones están basadas en la convicción de que los comunistas chinos son los herederos de toda una larga tradición nacional de luchas campesinas. Más de cuatrocientas obras, libros o artículos han sido publicados en Pekín y en las diversas provincias sobre este tema. Las menores alusiones de los anales imperiales y de las crónicas locales han sido cuidadosamente coleccionadas. Discusiones a menudo apasionadas han enfrentado a los historiadores marxistas chinos a propósito de numerosas cuestiones fundamentales de interpretación de las revueltas campesinas en la China clásica. Algunos críticos han denunciado esto como una especie de rewriting (re-escritura) de la historia, un intento de adaptar la realidad histórica a un marco conceptual prefabricado. Pero los mismos historiadores de China Popular difieren entre sí en torno a puntos esenciales (como, por ejemplo, el papel de la religión en los movimientos campesinos o el de los elementos disidentes procedentes de la clase dirigente), y antes de decidir si la historia ha sido “re-escrita” es preciso ponerse de acuerdo sobre la necesidad de escribirla, sobre el valor, después de tantos siglos de historia de China centrada en las clases dirigentes, de explorar la herencia histórica de las masas campesinas...

Estamos aún muy lejos de conocer este otro aspecto de la cuestión, e incluso de aquel que se refiere a los poderosos y los ricos. Pero podemos ya interrogarnos sobre el papel histórico que desempeñó el movimiento campesino en la evolución de la China imperial a través de los siglos. ¿Qué lugar ocupó en la dinámica histórica de la China clásica?

En primer lugar, a pesar de sus repetidos fracasos, el movimiento campesino consiguió crear en China un clima permanente de inseguridad, de guerra social. Esto es lo que significan las murallas que rodeaban simbólicamente y funcionalmente a cada ciudad china. Estas murallas se erguían contra la eventualidad de ataques campesinos, y no contra invasiones extranjeras, improbables en muchas partes del país, a gran distancia de las fronteras. En otras palabras, la clase dirigente no estuvo nunca totalmente segura de controlar la situación. No es casual, y volveremos sobre este punto, que el partido comunista, que ha formulado del modo más elaborado la teoría de la lucha armada como vía de acceso al poder, se haya formado y entrenado en un país en el que durante siglos la lucha armada, abierta o latente, enfrentó a los campesinos con la clase dirigente.

Por otra parte, los movimientos campesinos en China no tuvieron sólo un papel negativo; si atacaron al orden establecido, trataron en muchas ocasiones de crear un orden rebelde. Estos interesantes esfuerzos son, sin embargo, mal conocidos. A finales del siglo II de nuestra era, por ejemplo, la Secta de las Cinco Fanegas de Arroz, que encabezó en la provincia de Ssuch'uan una revuelta contra la segunda dinastía Han, dirigida por los taoístas, estableció en las zonas rebeldes “albergues de equidad” (i-shih), donde se ponía comida a disposición de los transeúntes. Asimismo, en tiempos de los Sung, los rebeldes organizaron la administración de los bienes confiscados a los ricos y los distribuyeron entre las familias de los campesinos pobres. En 1643, Li Tzu-ch'eng, jefe de la rebelión que derrocaría a los Ming, se proclamó “rey protegido por el Cielo”, constituyó con sus bandas de campesinos un embrión de Estado igualitario y utópico en la China del noroeste, distribuyó grados y funciones entre sus seguidores y estableció una administración comunitaria de las riquezas. Los letrados que se habían unido a él redactaban sus proclamas.

La contribución más importante del movimiento campesino al juego de las fuerzas históricas en la China imperial fue en efecto la caída de las grandes dinastías. La dinastía Ch'in (221-207 a. C.) fue derrocada por una revuelta campesina, y el jefe de los rebeldes, Liu Pang, fundador de la primera dinastía Han (206-23 a. C.), proclamado emperador. La segunda dinastía Han (25-220 d. C.), la de los T'ang y la de los Sung (960-1279 d. C.) fueron derrocadas a su vez por otras oleadas de cólera campesina. Los Ming (1368-1644), llegados al poder gracias a una rebelión popular contra los mongoles, fueron a su vez derrocados por otra revuelta campesina, la de Li Tzu-ch'eng, que sería a su vez eliminado por los manchúes.

Esto quiere decir que las revueltas campesinas no hacían finalmente sino confirmar la teoría confuciana del t'ien-ming y del ko-ming antes expuesta. No hacían, finalmente, sino consolidar el sistema político clásico, depurándolo cuando esto resultaba necesario. Esta función de regulación histórica del Antiguo Régimen chino se expresa muy bien en un proverbio célebre: “El que fracasa se convierte en bandido; el que triunfa, se convierte en rey”

El hecho de que, casi siempre, las revueltas campesinas no atacaran sino los abusos del sistema —impuestos demasiado elevados, exacciones de un mandarín, crueldad de un terrateniente, calamidades diversas— pone también de manifiesto que aquéllas se situaban fundamentalmente dentro de este Antiguo Régimen. Apelaban a principios confucianos, como la «justicia» (i), la «vía» (tao), el “Cielo” (t'ien).

Había otros factores que limitaban la acción de los campesinos rebelados. Tal vez el más importante era el carácter local de esta acción, que traducía el estado de fragmentación de la economía rural y el reducido alcance del mercado. El horizonte político de los campesinos no rebasaba los límites del distrito en el que circulaban los bienes que producían y consumían. Ninguna de las múltiples revueltas de la historia de la China imperial, por tenaces que fueran, afectó jamás sino a una zona geográficamente limitada: Ssuch'uan en el caso de las Cinco Fanegas de Arroz, Shantung en el de Fang La, el noroeste en el de Li Tzu-ch'eng, etc. En el bando de las clases dirigentes, por el contrario, aunque también faltara la base económica para una acción unitaria, esta unidad provenía de la notable fuerza política «pan-china» que representaban la gentry, la burocracia y el aparato de los exámenes confucianos. Desde este punto de vista había un desequilibrio fundamental entre los dos bandos, en perjuicio de los campesinos.

Igualmente manifiesta es la dispersión de los levantamientos campesinos, su carácter efímero y fragmentado. Eran una serie discontinua de puntos no sólo en el espacio, sino también en el tiempo, pues no eran sino el fruto de condiciones circunstanciales que se repetían a menudo, pero que no les permitían capitalizar sus fracasos para integrarlos en una estrategia continua capaz de abrir nuevas perspectivas. Todo esto subraya una vez más su incapacidad para salir del marco histórico de la antigua China.

Finalmente, el movimiento campesino no había conseguido desprenderse de otra ambigüedad fundamental: la que existía entre la revuelta política y la criminalidad. En un sistema político como el de la China clásica, donde ningún mecanismo permitía expresar la oposición política (salvo el caso extremo de una «revocación del mandato» que legitimara la rebelión), la oposición al orden establecido sólo podía ser global. Un adversario político se veía necesariamente reducido a ser un rebelde y a rechazar al mismo tiempo, las reglas sociales y morales dictadas por el sistema contra el que luchaba: respeto a la vida humana, respeto a los bienes ajenos, etc. Esto quiere decir que los rebeldes campesinos, cuando gozaban del apoyo de las masas populares, dirigían sus ataques contra las vidas y los bienes de los ricos y los poderosos. Pero si venía un período de repliegue, también podía suceder que se vieran obligados a subsistir a expensas de los «buenos campesinos» y escoger como escenario de sus saqueos y matanzas la aldea en lugar del yamen. Esta tendencia al bandidaje del movimiento campesino llevaba directamente a su autodestrucción; era también el signo de

su incapacidad para evadirse de la antigua China.

2. LOS LEVANTAMIENTOS CAMPESINOS DE MEDIADOS DEL SIGLO XIX

Desde comienzos del siglo xix, como resultado de la presión demográfica, de una serie de calamidades agrícolas y, sobre todo, de la crisis del poder manchú, la agitación agraria, poco importante en el siglo xviii, había recommenzado en toda China: incidentes locales, acción de las sociedades secretas, levantamientos armados. Pero no se trataba aún sino de formas difusas y marginales de descontento popular que bruscamente, entre 1850 y 1870, dieron paso a una oleada de grandes revueltas de excepcional amplitud. En ellas participaron millones de campesinos. Las dieciocho provincias se vieron prácticamente afectadas, hasta el punto de escapar todas ellas, en su totalidad o en parte, al control del gobierno central hacia 1855-1860. El movimiento —o más bien los movimientos— duró cerca de veinte años. Es sin duda el mayor conjunto de guerras campesinas de toda la historia universal. Pero una vez más, las rebeliones de los T'ai-p'ing, los Nien y los musulmanes y las revueltas dirigidas por las antiguas sociedades secretas fueron movimientos aislados, incapaces de conjugar sus esfuerzos, y permitieron así que la dinastía manchú, inesperadamente, llevara a cabo una recuperación in extremis.

No es casual que este poderoso estallido campesino se situara en la época de las guerras del opio y de la «apertura» de China por las potencias occidentales. La contradicción general que enfrentó a los campesinos chinos con los señores feudales poseedores del poder, del saber y de la tierra a lo largo de la historia de la China imperial se enriqueció e incrementó con toda una serie de circunstancias excepcionales que la llevaron al paroxismo. La crisis política y social, que maduraba en los campos chinos desde comienzos del siglo xix, se agravó bruscamente a partir de la primera guerra del opio y del tratado de Nankín (1842). La dinastía manchú estaba desacreditada por la facilidad con que había cedido a las exigencias occidentales; el tráfico de opio, ilegal antes de la guerra y después legalizado, se llevaba de China una buena parte de las reservas de plata y alteraba, en perjuicio de los campesinos, la relación entre la moneda de plata y la de cobre. La apertura de Shanghai y de otros puertos orientales privaba a Cantón de una buena parte del tráfico que se concentraba en este puerto cuando era el único abierto a los extranjeros: centenares de miles de culis y barqueros de la China central y meridional quedaron sin trabajo y de sus filas saldrían varios de los jefes de los T'ai-p'ing.

La rebelión de los T'ai-p'ing, el más espectacular y original de los grandes movimientos campesinos de mediados del siglo xix, estuvo también más profundamente «condicionada» por las circunstancias que todos los demás levantamientos campesinos de la historia de China. Fue el resultado tanto de una crisis social tradicional como de la penetración occidental en China. Esta mezcla de arcaísmo y modernismo se refleja ya en la localización del foco inicial de la rebelión y en la personalidad de su fundador. Aunque Kuangsi pudiera parecer una provincia típica de la antigua China, en la que se enfrentaban desde hacía siglos la gentry y los campesinos, los mandarines y las sociedades secretas, era al mismo tiempo el hinterland de Cantón, punto de contacto entre China y Occidente desde hacía un siglo y puerto frecuentado por comerciantes y misioneros blancos; estas influencias se dejaban sentir incluso en Kuangsi. Hung Hsiu-ch'üan, emperador de los T'ai-p'ing, presentaba la misma combinación de influencias: era un hombre culto, nacido en una familia de campesinos pobres, que no había conseguido ser admitido en el seno de la clase dirigente. Pero era al mismo tiempo un antiguo catecúmeno de los misioneros protestantes de Cantón, había visitado el gran puerto y conocía por experiencia la distancia histórica que existía entre China y los «bárbaros».

Hacia 1845 Hung Hsiu-ch'üan comenzó a predicar en las montañas de Kuangsi una nueva

Revelación; en su Sociedad de los Adoradores de Dios se congregaban campesinos sin tierra, culis, mineros, carboneros y soldados vagabundos. Inicialmente gozó del apoyo de las logias de la Tríada, muy poderosas en esta región e intérpretes tradicionales de los elementos rebeldes. Pero pronto rompió con las antiguas sociedades secretas por motivos ideológicos: se negaban a secundar su intento de sincretismo cristiano; por su parte, él rechazaba su sueño de restaurar la dinastía Ming y fundó en 1851 su propia dinastía, la del «Reino Celeste de la Gran Paz» (T'ai-p'ing T'ien-kuo). Los ejércitos de los T'ai-p'ing, cuyas filas se vieron engrosadas por decenas de millares de campesinos rebeldes, marcharon hacia el nordeste y llegaron en 1853 a Nankín, que sería su capital durante once años.

El movimiento T'ai-p'ing era fundamentalmente un movimiento agrario, una rebelión de los campesinos contra sus enemigos «naturales» en el seno de la sociedad china: ti-tzu, gentry y mandarines. Pero tenía al mismo tiempo un acentuado matiz nacionalista o protonacionalista y presentaba también aspectos modernistas originales.

Este carácter campesino se reflejaba ya en la personalidad de los dirigentes, que se daban a sí mismos el título arcaico de wang (rey); muchos de ellos provenían del campesinado pobre del sudoeste. A medida que avanzaban por China central y por el valle del Yangtse, las tropas de la Gran Paz recibían el apoyo de movimientos espontáneos de campesinos; los mandarines y los ti-tzu más impopulares eran asesinados, los registros de granos, los catastros, los contratos de préstamos eran incendiados, los yamen eran saqueados. Un cronista contemporáneo escribe: “Cada vez que entraban en una casa rica, o en la de una gran familia, había que cavar a tres pies de profundidad [para encontrar los tesoros ocultos]. Pero no sólo no saqueaban a los campesinos sino que, por el contrario, por donde pasaban distribuían entre los pobres los vestidos y objetos que habían cogido y anunciaban la remisión por tres años de los impuestos, ganándose así la gratitud de los aldeanos”.

En el mismo año en que se establecieron en Nankín, los T'ai-p'ing promulgaron un «sistema agrario de la dinastía celeste», cuyo colectivismo primitivo se situaba dentro de la tradición directa del utopismo campesino chino: «Todas las tierras bajo el Cielo serán conjuntamente cultivadas por los hombres bajo el Cielo. Si la producción es insuficiente en un sitio, id a otro donde sea más abundante... La tierra será arrendada por todos, el arroz comido por todos, los vestidos llevados por todos, el dinero gastado por todos. No habrá desigualdad y nadie quedará sin comida o sin calefacción... Hombre o mujer, todo individuo mayor de dieciséis años recibirá tierras...» El mismo colectivismo primitivo, que por otra parte apenas debió de ser aplicado, regía en principio la producción industrial (asegurada por «batallones celestes» de artesanos) y la distribución de los productos (almacenados en «depósitos celestes» y repartidos entre todos).

El movimiento T'ai-p'ing tenía al mismo tiempo un carácter protonacionalista, y esto lo vinculaba a las revueltas campesinas del pasado (como, por ejemplo, la insurrección contra el yugo mongol, dirigida en el siglo xiv por el campesino Chu Yüan-chang, fundador de la dinastía Ming), quería liberar a China de la dominación de los manchúes. Los rebeldes acusaban a la dinastía tártara de ser incapaz de gobernar el país, de tratar tan sólo de explotarlo ávidamente, de ser responsable de sus desgracias en el interior y en el exterior. Simbólicamente, los T'ai-p'ing se cortaban la coleta, impuesta a los chinos en el siglo xvii como signo de humillación y dejaban crecer su cabello: de ahí su nombre de «rebeldes de cabello largo» (ch'ang-mao tsei). Este elemento nacionalista explica el apoyo a los T'ai-p'ing de personas cultas y acomodadas, que no tenían razón alguna para participar en la lucha social de los campesinos pero se veían llevados por su patriotismo antimanchú a simpatizar con la causa rebelde. Redactaban sus proclamas y suministraban dirigentes y administradores, permitiendo así que un verdadero Estado rebelde pudiera mantenerse durante once años en vastas regiones.

Pero la acción de los T'ai-p'ing se situó en un contexto que ya no era tan sólo chino,

puesto que la sombra de Occidente se proyectaba sobre China desde la humillante derrota de 1842. Los T'ai-p'ing no eran indiferentes al desafío de Occidente. Adoptaron, por ejemplo, un calendario semisolar en lugar del viejo calendario lunar; proyectaron reformas modernas (creación de una red de ferrocarriles, de una administración postal, de hospitales, de bancos); se esforzaron sobre todo por adivinar el «secreto» de los blancos tomando prestados elementos de su religión. Profesaban un monoteísmo militante (el «dios de los ejércitos» de la Biblia), aceptaban los Diez Mandamientos y la divinidad de Cristo (del que su jefe Hung pretendía ser hermano menor), practicaban el bautismo y colocaban al Antiguo y Nuevo Testamento entre sus libros canónicos. Estos préstamos del cristianismo se combinaban con tradiciones religiosas populares (cultos campesinos, elementos budistas y taoístas). El conjunto constituía un sistema político-religioso que no establecía distinciones entre la salvación espiritual, la obediencia a la voluntad divina y la defensa política y militar del Estado rebelde.

Los T'ai-p'ing, como tantos otros rebeldes campesinos de la historia, tropezaron con las contradicciones inherentes por definición a un orden rebelde. ¿Había que limitarse a hostigar al adversario, a poner de manifiesto su decadencia, a combatir, a destruir? ¿O, por el contrario, era preciso arriesgarse a construir una nueva maquinaria social, necesariamente sometida a toda clase de servidumbres y obligaciones? ¿Podía la revuelta traducirse y transformarse en una estructura estable, sin subordinarse por ello a las exigencias propias de ésta última? Al principio los T'ai-p'ing llevaron a cabo una guerra móvil desde las montañas de Kuangsi hasta su llegada a Nankín; era una verdadera guerra popular y los campesinos se levantaron para apoyarlos. Pero a partir de su instalación en Nankín, crearon un aparato de gobierno, con una capital, un sistema político, una administración burocrática, una capa de dirigentes que pronto se convirtieron en privilegiados (por ejemplo, disponían de grandes harenes, mientras predicaban la separación de hombres y mujeres en su «ejército celeste»). Para hacer que funcionara todo este aparato, el nuevo poder tenía que exigir cada vez más al campesinado, que dejó de ser motor del movimiento para convertirse en súbdito de un gobierno, pagar impuestos y tasas y sufrir requisas y levas. Por esto la disminución del apoyo de los campesinos al Reino celeste de la Gran Paz se acentuaba de año en año. Las aldeas de las zonas controladas por los T'ai-p'ing retiraban progresivamente su lealtad a la dinastía rebelde como se la habían retirado a la dinastía legítima.

A la disminución del apoyo del campesinado, causa principal del fracaso de los T'ai-p'ing, se añadían una serie de factores desfavorables. El movimiento no consiguió nunca superar un marco regional bastante restringido. Limitado primero al sudoeste, se extendió desde allí hacia 1850, pero sólo se implantó de forma sólida y duradera en las ricas provincias del Bajo Yangtse (Anhui, Kiangsu y Chekiang). Dos expediciones contra Pekín, lanzadas inmediatamente después de la llegada a Nankín, no consiguieron movilizar al campesinado del norte y fracasaron rotundamente. Por lo demás, los T'ai-p'ing se vieron constantemente debilitados por las disensiones entre las camarillas dirigentes. Los dos principales adjuntos de Hung, Yang y Wei, se aniquilaron mutuamente, junto con millares de sus partidarios, en Nankín en 1856; otro jefe prestigioso, Shih Ta-k'ai, prefirió en estas condiciones huir de Nankín con sus tropas para ir a guerrear por su propia cuenta en el sudoeste. En 1859 llegó a Nankín un primo del emperador celeste, Hung Jen-kan, antiguo catequista de los misioneros protestantes de Cantón y administrador competente, pero pronto fue desplazado por poderosos condottieri o cortesanos incapaces que gozaban del favor voluble de Hung Hsiu-ch'üan.

Mientras se debilitaba así el régimen rebelde, sus adversarios daban muestras de una vigorosa recuperación. Los generales manchúes habían sido fácilmente vencidos desde el comienzo de la rebelión. Fueron ahora la gentry de las provincias y los terratenientes chinos los que asumieron la defensa de sus propios intereses económicos; organizaron milicias

provinciales disciplinadas y bien pagadas y poco a poco establecieron un bloqueo de las zonas rebeldes. Además, el gobierno imperial recibió la ayuda, en sus operaciones de reconquista, de las potencias occidentales. Francia e Inglaterra, que habían impuesto una vez más a la dinastía manchú su voluntad (segunda guerra del opio y tratado de Tientsin, 1858-1860), prefirieron finalmente el mantenimiento en Pekín de un poder imperial conservador y dócil al éxito de los rebeldes. Esta ayuda occidental, sin ser decisiva, contribuyó a la derrota de los T'ai-p'ing: oficiales occidentales entrenaron a las tropas imperiales, barcos de vapor fueron puestos a su disposición para el transporte de tropas al frente del Bajo Yangtse, destacamentos extranjeros intervinieron incluso en el combate en ciertos casos y militares de valor dirigieron ciertas unidades mixtas ("Chinese Gordon"). Nankín cayó finalmente en el verano de 1864 y miles de T'ai-p'ing se suicidaron con sus jefes.

La revuelta campesina de los Nien, que duró de 1853 a 1868, se situó en la región arenosa de la China septentrional que separa las cuencas de los ríos Yangtse y Amarillo. Fue mucho menos clara que la de los T'ai-p'ing, mucho más semejante al modelo tradicional de insurrección campesina.

Esta región pobre, al norte del río Huai, estaba habitada por campesinos robustos y combativos. Hecho excepcional en China, disponían de grandes manadas de caballos, ya que grandes extensiones eran inadecuadas para el cultivo del arroz. Debido a la proximidad del mar, disponían también de sal de contrabando, que constituía para muchos de ellos un recurso complementario. Arrieros y contrabandistas de sal desempeñaron un importante papel en el movimiento de los Nien. Por lo demás esta región era una especie de «tierra de nadie» desde el punto de vista administrativo, al estar situada en los confines de las provincias de Kiangsu, Anhui, Honan, Shantung y Chihli: esta zona subadministrada se encontraba lejos de los centros políticos y de las bases de la represión, situadas en el interior de cada una de estas provincias.

Los Nien, en cuanto organización campesina clandestina, formaban quizá una rama del Loto Blanco: el término nien significa «retorcido», «enroscado», y designaba a las células de base de este movimiento, que se declaró en franca rebeldía en 1853, aprovechando la llegada de los T'ai-p'ing a Nankín. El momento era favorable a los Nien, ya que las fuerzas imperiales estaban ocupadas en otros sitios y lo seguirían estando hasta 1864.

En esta región de economía poco diversificada, desprovista de grandes ciudades y donde los letrados eran escasos, la base social de los Nien era necesariamente más homogénea que la de los T'ai-p'ing. Predominaba el campesinado pobre, y la repetición de los mismos apellidos en las fuentes oficiales muestra que se unieron a la rebelión pueblos enteros y linajes enteros. El comportamiento de los Nien era similar al de los rebeldes campesinos de los siglos precedentes; atacaban las caravanas de los mercaderes ricos, las prisiones, los yamen y las viviendas de los grandes terratenientes. Como los bandidos justicieros de la tradición rebelde, distribuían entre los pobres los bienes adquiridos. Sobre su bandera estaba inscrito este lema: "Matemos a los mandarines, matemos a los ricos, protejamos a los pobres."

El folklore campesino, conservado durante cerca de un siglo y recogido recientemente por especialistas en literatura popular de Pekín, refleja este carácter de clase:

Como la luna gira alrededor del sol,
el pobre se rebela con los Nien.

El pobre se vuelve hacia el pobre, el rico hacia el rico,
opuestos tan claramente como el blanco y el negro...

Cuando los Nien matan, matan a los malos; los Nien aman a los pobres.

Los pobres dicen que son perfectos, los ricos gritan que serán condenados.
...los indigentes se han apoderado de toda la tierra.
ha llegado el momento en que veremos que no podéis nada.

Los métodos de lucha de los Nien estaban también mucho más cerca del temperamento campesino que el de los T'ai-p'ing, los cuales pronto formaron grandes ejércitos de varias decenas de millares de hombres. Los Nien luchaban en pequeñas unidades de guerrilla, muy móviles gracias a sus caballos, pero al mismo tiempo muy cercanas a la población de la aldea. Sus normas de conducta (prohibición de saquear y tomar comida de los pobres) prefiguraban ya el "código de buena conducta" promulgado por los comunistas chinos ochenta años más tarde, exactamente en la misma región, cuando sus guerrillas campesinas y su VIII Ejército de Ruta combatan contra los ocupantes japoneses.

Pero este predominio del campesinado pobre en las filas de los Nien no excluía la presencia de otros elementos sociales, como, por ejemplo, los contrabandistas de sal (es decir, la pequeña burguesía dedicada al comercio ilegal) y también algunas «ovejas negras» de buenas familias. Su principal cabecilla, Chang Lo-hsing, era un contrabandista de sal.

Los Nien no tenían una organización centralizada; a diferencia de los T'ai-p'ing, no sentían la necesidad de crear un aparato de Estado unificado y de establecer una réplica rebelde del orden imperial. Todo lo más, sus jefes se reunían en consejo para mantener la unidad del movimiento. Tampoco habían tratado de atraerse a los letrados; no tenían necesidad ni afición por el papeleo administrativo ni por el documento escrito. No disponemos para los Nien de la imponente serie de edictos imperiales, libros canónicos o estatutos administrativos que nos han dejado los T'ai-p'ing; así pues, casi no los conocemos más que por lo que sobre ellos escribieron los mandarines encargados de la represión. Pero estas fuentes insisten en su disciplina, su dinamismo, su combatividad, el apoyo que recibían de la población civil y también la calidad de sus servicios de información. Agentes subalternos de los yamen, suboficiales del ejército y comerciantes trabajaban en secreto para ellos y les comunicaban inmediatamente todas las informaciones relativas a los movimientos de las tropas enviadas contra ellos.

El movimiento Nien es un ejemplo eminente de este "bandidaje social" estudiado por E. Hobsbawn. Pero tenía también un carácter político. En 1855, el consejo de los jefes Nien reunido en Chih-ho, hizo pública una proclama en contra de los manchúes y de la dinastía, llamando a combatir por el "Gran Reino Han" (ta-han-kuo), es decir, por una dinastía china en oposición al régimen "bárbaro" de los manchúes. El contrabandista Chang Lo-hsing recibió el título de "gran príncipe Han con el mandato de los Ming" (ta-han Ming ming-wang). Él movimiento Nien se caracterizaba, pues, por su legitimismo a favor de los Ming y su protonacionalismo en contra de los manchúes. Al practicar el contrabando de sal a gran escala o establecer sus propias aduanas internas, que suplantaban las aduanas oficiales y tendían a fomentar el desarrollo del comercio local, luchaban contra los monopolios del Estado.

La historia del movimiento rebelde de los Nien puede dividirse en tres fases. Hasta 1855, reunieron y consolidaron sus fuerzas. De 1855 a 1864 se beneficiaron de la existencia del Reino celeste de la Gran Paz en el sur, e iniciaron incluso una cooperación militar con éste. A partir de 1864, fueron el blanco de las fuerzas de represión, pero, reforzados por los restos del ejército de los T'ai-p'ing, resistieron activamente a las tropas imperiales. En 1865 consiguieron incluso derrotar y matar al mejor general de la dinastía, el caballero mongol Seng-ko-lin-ch'in. Su guerrilla móvil seguía siendo muy eficaz y se extendió incluso por toda la China septentrional. Al contrario de lo sucedido con los T'ai-p'ing, sus relaciones con las masas campesinas seguían siendo excelentes. Pero su propio éxito (la revuelta duraba ya

quince años) precipitaría su caída. En 1867, creyeron posible organizar, ellos también, grandes regimientos, como los T'ai-p'ing. Los «Nien orientales» partieron hacia Shantung, mientras los «Nien occidentales» trataban de ponerse en contacto con los rebeldes musulmanes, ahora en plena actividad en el noroeste. Pero a partir de este momento eran mucho más vulnerables y ya no podían disolverse en las aldeas como lo hacían antes en caso de peligro. Los Nien orientales y los Nien occidentales fueron sucesivamente rodeados, divididos y eliminados, y el movimiento llegó a su fin en 1868.

Además de las dos grandes revueltas, la de los Nien y la de los T'ai-p'ing, los campesinos chinos tomaron parte en muchos otros movimientos contra el orden establecido en el tercer cuarto del siglo XIX. Las grandes rebeliones musulmanas de Yünnan (1853-73) y del noroeste (1863-73) fueron en principio movimientos de carácter nacional y religioso, pero su base social era, sin embargo, campesina. Este fue también el caso de la revuelta de las minorías miao de la provincia de Kueichou (1854-72). En todas estas regiones de minorías étnicas, el antagonismo nacional se sumaba al antagonismo social que enfrentaba a los campesinos pobres con la alianza de terratenientes y funcionarios, en lugar de sustituirlo. Los campesinos de estas minorías pagaban a su terrateniente chino una renta aún mayor que en el resto de China, sufrían exacciones aún más severas por parte de los mandarines, y eran además víctimas de los comerciantes chinos que les vendían a un elevado precio los artículos de primera necesidad (te, sal, etc.) y les compraban a un precio muy bajo sus productos, muy apreciados en China (pieles y lana, productos forestales, etc.).

Las sociedades secretas sólo habían participado en la rebelión de los T'ai-p'ing en sus comienzos e influido de lejos en la de los Nien (que tenían ciertas afinidades con ellas, sin ser una sociedad secreta propiamente dicha). Aprovechándose del debilitamiento del poder central en esta época, organizaron toda una serie de levantamientos menores que, a pesar de estar sumamente dispersos y descentralizados, terminaron por movilizar unos efectivos campesinos tan importantes como los que se hablan levantado a la llamada de los T'ai-p'ing o los Nien. En Ssuch'uan, por ejemplo, hacia 1860, el Hung-pang ("Banda Roja") dirigió una rebelión de más de 300.000 campesinos. La revuelta de los Turbantes Rojos de Cantón (1854), dirigida por la Tríada, agrupó a campesinos, contrabandistas, vagabundos y bandidos. Los campesinos de la región cantonesa buscaron el apoyo de las sociedades secretas contra las exacciones de los mandarines y terratenientes y formaron cuerpos de defensa aldeanos que practicaban un boxeo esotérico. Cuando la Tríada consiguió coordinar la acción de los grupos campesinos de la llanura que se habían unido a ella con la de los forajidos profesionales dispuestos a bajar de sus montañas, esta coalición de tropas rebeldes tuvo fuerza suficiente para sitiar las grandes aglomeraciones comerciales de los distritos próximos a Cantón. Los rebeldes ocuparon incluso las ciudades de Fo-shan y Shun-te, pero no consiguieron mantenerse en ellas más de algunas semanas.

Las autoridades imperiales fueron capaces finalmente de poner fin a todas estas rebeliones campesinas más o menos importantes, después de veinte años de crisis. A pesar de algunos intentos ocasionales de cooperación estratégica (por ejemplo, por parte de los T'ai-p'ing con los Nien, los musulmanes e incluso algunas sociedades secretas en el último periodo) las fuerzas rebeldes no consiguieron conjugar realmente sus esfuerzos. Esta conjunción no sólo era imposible, sino que además carecía de sentido en el contexto histórico del Antiguo Régimen chino. Todos los movimientos campesinos de las décadas de 1850-70, las revueltas de las sociedades secretas, las diversas expresiones de la violencia campesina, eran fruto de unas condiciones locales y unas circunstancias específicas. Por su misma naturaleza, todos ellos presentaban perfiles sociales e ideológicos diferentes, de los que no se podía hacer caso omiso para llegar a la formación de un «frente único». El legitimismo pro-Ming de las

sociedades secretas no era compatible con las ambiciones «celestes» de la dinastía rebelde de Nankín; los Nien no tenían los mismos motivos ni las mismas perspectivas que los campesinos musulmanes.

Las fuerzas represivas terminaron, pues, por imponerse, a costa de enormes matanzas. Todavía a mediados del siglo xx, ciudades como Nankín y Suchou, principales bases urbanas de los T'ai-p'ing y hasta entonces florecientes metrópolis comerciales y manufactureras, no se habían recuperado de las destrucciones llevadas a cabo por las fuerzas imperiales en el momento de su reconquista. En el campo los efectos de la represión fueron aún más brutales. Ciertas provincias, según el último censo chino (1953) no se habían repuesto todavía, un siglo después, de la terrible sangría demográfica. Sin exagerar, se pueden estimar en varias decenas de millones las víctimas de estos grandes levantamientos campesinos y, sobre todo, de las operaciones de represión que terminaron por reducirlos.